

y adquiriese la Baviera, y que, á pesar de no estar dispuesto á tomar parte en la guerra, deseaba sinceramente no alterar sus relaciones con el emperador. Ya no había que pensar en el activo concurso de Rusia en la guerra contra Francia. ¡Qué terrible golpe para Thugut, que había levantado todo el edificio de su política sobre la amistad con Catalina! Todos sus planes yacían por el suelo. Adiós Servia, Bosnia y Venecia, que esperaba adquirir por manos de Rusia; adiós Baviera y Lombardía, que contaba se le adjudicasen en la paz á cambio de Bélgica. Solo se hallaba en la guerra con Francia, sin otro apoyo que el frágil de Inglaterra, dispuesta siempre, más que ninguna otra nación, á pasar por cima de las palabras dadas y de los compromisos contraídos cuando á sus intereses conviniese. Seguramente, si hubiese previsto este accidente, lejos de openerse, habría contribuido con todas sus fuerzas al buen éxito de las negociaciones, que por culpa suya fracasaron.

Hasta el quince de Diciembre, cuatro días antes de que se despidiese al embajador inglés Malmesbury, no pudo llevarse á cabo, por el mal estado de la marina, la proyectada expedición á Irlanda. Se componía la flota de quince navíos de alto bordo, veinte fragatas, seis gabarras, cincuenta barcos de transporte; y el ejército que llevaba, de trece mil soldados. Hoche dió orden, caso de topar con la flota inglesa, de atacar los navíos enemigos cuerpo á cuerpo, al abordaje. La expedición fué desgraciada desde el primer instante. A la salida de Brest, un navío de setenta y cuatro cañones chocó en una roca y se hundió con todo lo que llevaba; á la altura de la isla de Uessan, una tempestad que duró dos días, dispersó la flota, bien que de este azote fueron víctimas también los cruceros ingleses. Repuesto el tiempo, la mayor parte de los navíos volvieron á reunirse, y siguieron su derrotero hasta el punto de cita, la bahía de Bantri, en la costa Sudoeste de Irlanda; pero faltaba, entre otros, el principal de ellos, la fragata que llevaba al general Hoche y al almirante Morard. De la flota inglesa no se divisaba rastro. El bravo irlandés Tone, amigo de Hoche, y los otros enviados de los irlandeses-unidos, conjuraron á los franceses á desembarcar, prometiéndoles una vasta sublevación. El general Grouchi, que mandaba de segundo, vaciló, sin embargo de instarle el jefe de estado mayor y de las terminantes instrucciones que le había dado Hoche. De los tres contralmirantes, dos se oponían al desembarco, y el tercero dudaba, y como el viento soplase de nuevo, ganaron la alta mar y navegaron con rumbo á Francia, anclando en la rada de Brest el primero de Enero. En este mismo día, el general Hoche y el almirante Morard, después de haber escapado á duras penas á la persecución de los ingleses, hacia los cuales los vientos habían empujado su fragata, fondeaban en la bahía de Bantri. Al enterarse del regreso de la flota, Hoche desesperó y partió inmediatamente para volverla á traer; pero, durante tres semanas, de nuevo fué su navío juguete de las tempestades, y cuando, al cabo, logró entrar en Brest, halló la flota con averías y sin poder hacerse en algún tiempo á la mar. Diríase que Neptuno era la deidad tutelar de los ingleses. El mar se tragó la *Invencible*, de Felipe II, á la

que difícilmente habría podido resistir Isabel I; y el mar se interpuso ahora entre Hoche y los patriotas irlandeses.

Esta expedición y la despedida de Malmesbury reavivaron el fuego patrio en el alma de los ingleses, y dieron el predominio al partido de la guerra. Antes, Pitt, el Parlamento recién elegido y la mayoría de la población pedían la paz, al extremo de haberse consignado en el discurso del Trono, de seis de Octubre, la esperanza de obtenerla en breve plazo. Los partidarios de la guerra eran contados. El principal de todos era Burke, que en vísperas de su muerte escribió su último folleto contra una «paz regicida», oponiendo á las generales quejas del comercio y de los pobres un cuadro de extraordinaria prosperidad. En las mismas ideas abundaba otro observador notable, Mallet. Uno y otro adolecían, sin embargo, de parcialidad, por limitar su observación á los grandes banqueros y empresarios, que, en efecto, levantaban estupendas fortunas durante la guerra, sumando á los rendimientos de las empresas marítimas los pingües beneficios de los negocios de Indias y de los empréstitos. Pero estos eran sólo unos cuantos, y á su lado estaba la muchedumbre de pequeños comerciantes, que las descripciones del tiempo nos representan agobiados al peso de las tasas y gimiendo bajo la amenaza de una próxima é inevitable bancarrota. Mas ahora, después de la ruptura de las negociaciones y del fracasado desembarco, las Cámaras y el pueblo se mostraron dispuestos á todo género de sacrificios para continuar la guerra. De los *yeomanry* «hacendados», de tendencias muy conservadoras y diestros en el manejo del caballo, se armaron veinte mil caballeros, que podrían prestar grandes servicios contra invasores que probablemente no dispondrían de muchos caballos. La milicia ordinaria se elevó á sesenta mil hombres, y las fuerzas regulares á quince mil. Se aceptaron con voluntaria resignación nuevas tasas sobre el té, los licores, el azúcar, las casas y las traslaciones de dominio. Todo el mundo se apresuró á contribuir al empréstito, además del que las altas clases entregaron, como dón patriótico, dos millones de libras esterlinas. Encanta ciertamente esta manifestación del sentimiento nacional inglés, que ha sido, sin duda, el factor principal de su admirable engrandecimiento; mas no olvidemos que conduce, por lo limitado, á la guerra con todos los demás pueblos. La que ahora queda declarada entre Francia é Inglaterra es á muerte, y no acabará hasta que la restauración triunfe. Por donde las negociaciones para la paz abiertas en el otoño del noventa y tres, sólo sirvieron para prestar nuevos bríos á la guerra.